

La integración del ego en el desarrollo del niño (1962)

El término «ego» puede utilizarse para describir la parte de la personalidad humana en crecimiento que, dadas unas condiciones favorables, queda integrada en una unidad.

En el cuerpo de una criatura anencefálica tienen lugar unos acontecimientos funcionales, entre los que se incluyen las localizaciones instintivas, que, de existir un cerebro, serían calificadas de experiencias de la función del id. Podría decirse que, de haber habido un cerebro normal, se hubiese producido una organización de estas funciones, organización a la que se hubiese colocado la etiqueta de «ego». Pero sin aparato electrónico no puede haber experiencia alguna y, por lo tanto, ningún ego.

Sin embargo, la funcionalidad del id no se pierde normalmente, sino que se reúne en todos sus aspectos y pasa a ser la experiencia del ego. Así, pues, no tiene sentido aplicar la palabra «id» a fenómenos que no son amparados, catalogados, experimentados y finalmente interpretados por la funcionalidad del ego.

En las primerísimas fases del desarrollo de un niño, por tanto, la funcionalidad del ego debe ser tomada en calidad de concepto inseparable del de la existencia de la criatura en tanto que persona. Podemos hacer caso omiso de la vida instintiva que pueda haber aparte de la funcionalidad del ego, ya que la criatura todavía no es una entidad que viva unas experiencias. No hay id alguno antes del ego. Sólo si se parte de esta premisa es posible justificar el estudio del ego.

Como verán, el ego se ofrece para ser estudiado mucho antes de que la palabra «personalidad» resulte pertinente. La palabra en cuestión aparece después de que el niño haya empezado a utilizar su intelecto para mirar lo que los demás ven, sienten u oyen y a lo que conciben cuando se encuentran con su cuerpo infantil. (El concepto de la personalidad no lo estudiaremos en este capítulo.)

La primera pregunta que surge con respecto a eso que acabamos de llamar ego es ésta: ¿hay un ego desde buen principio? La respuesta es que el principio está en el momento en que el ego empieza.¹

Entonces surge la segunda pregunta: el ego, ¿es fuerte o débil? La respuesta a esta segunda pregunta depende de la madre de que se trate y de su capacidad para satisfacer la dependencia absoluta de su criatura al principio, en la fase en que la criatura todavía no ha separado a la madre de su personalidad.

Con arreglo a mi terminología, la madre satisfactoria o buena es aquella que es capaz de hacer frente a las necesidades de su criatura al principio, y hacerlo tan bien que la criatura, al tener lugar su salida de la matriz de la relación madre-criatura, es capaz de vivir una breve *experiencia de omnipotencia*. (No hay que confundir esto con la *omnipotencia*, que es el nombre dado a una propiedad del sentimiento.)

La madre es capaz de hacer esto por haberse entregado temporalmente a una tarea: cuidar de su pequeño. Su tarea es posible gracias a que el niño está dotado de una capacidad para relacionarse con *objetos subjetivos* cuando la función de apoyo del ego materno es operativa. Bajo este respecto, puede que el bebé se encuentre con el principio de realidad aquí y allí, a cada dos por tres, pero no en todas partes y de súbito: es decir, el bebé retiene áreas de los objetos subjetivos junto con otras áreas en las que existe cierta relación con objetos percibidos objetivamente o, dicho de otro modo, objetos que «no son él».

Tal es la diferencia entre los comienzos de un bebé cuya madre es capaz de cumplir bien esta función y los de otro bebé cuya madre no puede desempeñarla lo bastante bien, que de nada sirve describir los bebés en las primeras fases como no sea en relación con la funcionalidad de la madre. Cuando la madre no es lo bastante «buena», el pequeño no logra iniciar la maduración de su ego o bien, de hacerlo, el desarrollo del ego forzosamente sufrirá deformaciones en ciertos aspectos de importancia vital.

1. Conviene recordar que el principio es una suma de principios.

Que quede bien entendido que cuando se hace referencia a la capacidad de adaptación de la madre, sólo muy superficialmente tocamos su habilidad para satisfacer los impulsos orales de la criatura, nutriendola satisfactoriamente, por ejemplo. Lo que estamos viendo en este momento corre en dirección paralela a semejante consideración. A decir verdad, es posible satisfacer un impulso oral y con ello *violar* la función del ego de la criatura, o la que más tarde será celosamente guardada como núcleo de la personalidad. La satisfacción obtenida en la actividad de nutrición puede, de hecho, constituir una seducción y resultar traumática cuando el bebé no se halla al amparo de la funcionalidad del ego.

En la etapa que estamos estudiando es necesario pensar en el bebé no como persona que siente hambre, y cuyos impulsos instintivos pueden ser satisfechos o frustrados, sino que debemos considerarlo un ser inmaduro que en todo momento se halla *al borde de una angustia inconcebible*. Esta angustia inconcebible es mantenida a raya por la importantísima función que la madre desempeña en esta fase: su capacidad para ponerse en el lugar del bebé y saber cuáles son sus necesidades dentro del gobierno general del cuerpo y, por ende, de la persona. El amor, en esta fase, sólo puede demostrarse en términos de cuidados corporales, tal y como sucede en la última etapa de un embarazo completo.

La angustia inconcebible presenta solamente unas cuantas variantes, cada una de las cuales constituye la clave de un aspecto determinado del crecimiento normal:

1. Deshacerse.
2. Caer para siempre.
3. No tener relación alguna con el cuerpo.
4. Carecer de orientación.

Habrán reconocido que se trata de la «materia prima» de las *angustias psicóticas*, las cuales, desde el punto de vista clínico, corresponden a la esquizofrenia o a la aparición de un *elemento esquizoide oculto* en una personalidad por lo demás *no psicótica*.

Al llegar aquí se impone una interrupción para examinar lo que le sucede al bebé que no recibe un cuidado satisfactorio durante la primera fase, antes de que el bebé haya establecido una diferencia entre la percepción objetiva y la subjetiva. El tema es complejo a causa de los numerosos grados y variantes que puede presentar la insuficiencia materna. Conviene, ante todo, hacer referencia a:

1. Las deformaciones de la organización del ego que constituyen la base de las características esquizoides.

2. La defensa específica del autosostenimiento, o el desarrollo de una personalidad vigilante y la organización de un aspecto falso de la personalidad (falso por cuanto lo que demuestra no es un derivado del individuo sino del aspecto materno del acoplamiento criatura-madre). Se trata de una defensa cuyo éxito puede acarrear una nueva amenaza al núcleo de la personalidad, pese a estar destinada a ocultar y proteger dicho núcleo.

Las consecuencias de un deficiente apoyo del ego por parte de la madre son a veces devastadoras; citaremos las siguientes:

a) Esquizofrenia infantil o autismo

En este conocido grupo de enfermedades tienen cabida los trastornos subsiguientes a las lesiones físicas y deficiencias del cerebro, e incluye también cierto grado de cada una de las clases de fallos de los primeros detalles de la maduración. En cierto número de casos no hay indicio alguno de enfermedades o defectos neurológicos.

Es frecuente que el psiquiatra de la infancia se encuentre ante la imposibilidad de decidirse entre diagnosticar un defecto primario, un caso leve de la enfermedad de Little, un simple fallo psicológico en los inicios de la maduración de un niño con el cerebro intacto, o bien una combinación de dos o todas las anomalías citadas. En algunos casos hay indicios de una reacción producida por el fracaso del apoyo del ego que estoy describiendo en este capítulo.

b) Esquizofrenia latente

Se conocen muchas variedades clínicas de esquizofrenia latente en niños que pasan por normales; a veces estos niños dan muestras de gran precocidad y de poseer un intelecto de singular brillantez. La enfermedad, en tales casos, se hace evidente por la fragilidad de semejantes «logros». Las tensiones propias de las fases posteriores del desarrollo pueden ocasionar una enfermedad.

c) Falsa autodefensa

El empleo de defensas, especialmente la consistente en una falsa personalidad, hace posible que gran número de niños parezcan «prometedores», pero a la larga algún

trastorno vendrá a revelar la ausencia en ellos de una verdadera personalidad.

d) Personalidad esquizoide

Comúnmente se desarrolla un trastorno de la personalidad que depende de la presencia soterrada de un elemento esquizoide en una personalidad por lo demás sana. Los elementos esquizoides de índole grave quedan socializados en la medida en que logren ocultarse en un patrón de trastorno esquizoide que sea aceptado por la cultura a la que pertenezca la persona.

En la investigación de casos individuales es posible establecer la relación entre estos grados y variedades de defectos de la personalidad y los diversos grados y variedades de fallos que presenta el sostenimiento, la manipulación y la presentación objetal en la fase inicial. Con esto no niego la existencia de factores hereditarios, sino que los mismos se ven complementados en ciertos aspectos importantes.

El desarrollo del ego se caracteriza por varias tendencias:

1. La principal tendencia del proceso de maduración se concentra en los diversos significados de la palabra *integración*. La integración en el tiempo se suma a lo que podríamos llamar «la integración en el espacio».

2. El ego se basa en un ego corporal, pero es sólo cuando todo va bien que la persona del bebé empieza a ir enlazada con el cuerpo y sus funciones, con la piel en su cometido de membrana restrictiva. He adoptado el término *personalización* para describir este proceso, ya que el término «despersonalización» me parece, en esencia, indicar la pérdida de una firme unión entre el ego y el cuerpo, incluyendo los impulsos y las satisfacciones del id. (El término «despersonalización» ha adquirido un significado más completo en los escritos psiquiátricos.)

3. El ego *inicia la relación objetal*. Con un buen cuidado materno al principio, el bebé no se halla sujeto a las satisfacciones instintivas salvo en la medida en que exista la participación del ego. En este sentido, se trata menos de una cuestión de dar satisfacción al bebé que de permitirle encontrar y adaptarse por sí mismo al objeto (seno, biberón, leche, etc.).

Al tratar de evaluar lo que hizo Sechehaye (1951) al dar a su paciente una manzana en el momento preciso (realización simbólica), lo de menos es saber si la paciente se la comió,

se limitó a mirarla o bien la cogió para guardársela. Lo que importa es que la paciente fue capaz de crear un objeto, y el papel de Sechehayé consistió simplemente en permitir que dicho objeto tomase forma de manzana, de tal manera que la muchacha creó una parte del mundo real: la manzana.

No parece imposible emparejar estos tres fenómenos del desarrollo del ego con tres aspectos del cuidado de criaturas y niños:

- La integración hace juego con el sostenimiento.
- La personalización hace juego con la manipulación.
- La relación objetual hace juego con la presentación del objeto.

Esto nos lleva a estudiar dos problemas relacionados con la idea de integración:

a) Integración, ¿partiendo de qué?

- Resulta útil pensar que la integración surge de elementos motores y sensoriales, es decir, de la materia básica del narcisismo primario. Esta adquiriría una tendencia hacia un sentido existencial. Cabe emplear otros términos para describir esta parte oscura del proceso de maduración, pero es necesario postular los rudimentos de una elaboración imaginativa de la funcionalidad corporal pura si se pretende reclamar el inicio de la existencia de este nuevo ser humano que empieza a recoger experiencias que pueden calificarse de personales.

b) Integración, ¿con qué?

Todo esto tiende hacia la instauración de una personalización unitaria, pero, sin temor a exagerar, hay que volver a señalar que lo que sucede en esta fase temprana depende de la protección del ego proporcionada por el elemento materno del acoplamiento criatura-madre.

Puede afirmarse que la satisfactoria protección del ego por parte de la madre (en relación con las angustias inconcebibles) permite que la nueva persona humana se edifique una personalidad de acuerdo con el patrón de una continuidad existencial. Todos los fallos (susceptibles de producir una angustia inconcebible) ocasionan una reacción de la criatura, reacción que corta al través la continuidad existencial. Si persisten las reacciones de esta índole se instaura un patrón de fragmentación de la existencia. La criatura que presente un patrón de fragmenta-

ciones de la línea de continuidad existencial se enfrenta a una labor de desarrollo que, casi desde el mismo principio, apunta hacia la psicopatología. Así, puede que haya un factor muy primitivo (que date de los primeros días u horas de la vida) en la etiología del desasosiego, la hipercinesia y la falta de atención (que más adelante recibe la denominación de «incapacidad para concentrarse»).

Viene ahora al caso afirmar que, sean cuales fueren los factores externos, lo que cuenta es la visión (fantasía) que del factor externo tiene el individuo. Al mismo tiempo conviene no olvidar, sin embargo, que hay una etapa anterior al punto en que el individuo repudia su percepción objetiva. Así, pues, en esta fase tan primitiva no hay factor externo alguno: la madre forma parte del niño. Durante esta fase en el patrón del niño se halla incluida su experiencia de la madre, tal como ella es en su realidad personal.

Diríase, en buena lógica, que lo contrario de integración es desintegración; pero ello es cierto sólo en parte. En principio, para referirnos a lo contrario es mejor hablar de no integración. El término «relajación», aplicado a una criatura, se refiere al hecho de no sentir la necesidad de integrarse, al darse por sentada la función materna de apoyo del ego. Para comprender los estados de no excitación es preciso un estudio más amplio dentro de esta teoría.

El término «desintegración» se emplea para describir una compleja *defensa*; defensa que es una producción activa de caos como defensa contra la no integración en ausencia del apoyo del ego por parte de la madre; es decir, contra la angustia inconcebible o arcaica resultante de la falta de sostenimiento durante la fase de dependencia absoluta. El caos de la desintegración puede resultar tan «malo» como la inestabilidad del medio ambiente, pero presenta la ventaja de ser producido por el bebé y, por consiguiente, de no ser ambiental: se encuentra dentro del campo de la omnipotencia del bebé. Utilizando la terminología del psicoanálisis, diremos que se trata de algo *anulizable*, mientras que las angustias inconcebibles no lo son.

La integración se halla estrechamente ligada con la función ambiental del sostenimiento. El logro de la integración estriba en la unidad. En primer lugar viene «yo», incluyéndose en ello «todo lo demás no soy yo». Luego viene «yo soy, yo existo, adquiereo experiencias y me enriquezco y poseo una interacción introyectiva y proyectiva con el NO YO, el mun-

do real de la realidad compartida». A esto se le suma lo siguiente: «El hecho de que yo existo es visto o comprendido por alguien» y, después, lo siguiente: «Me es devuelta (como la imagen de un rostro reflejado en el espejo) la evidencia necesaria para saber que he sido reconocido como ser.»

En circunstancias favorables, la piel se convierte en la frontera entre el «yo» y el «no yo» o, para decirlo de otro modo, la psique ha entrado a vivir dentro del soma, dando inicio a una vida psicósomática individual.

La instauración de un estado de «yo soy», junto con el logro de una vida interior o cohesión psicósomática, constituye un estado de cosas que va acompañado por un afecto específico de angustia que incluye el temor a la persecución. Esta reacción persecutoria es inherente a la idea de la repudiación del «no yo» que acompaña a la limitación de la personalidad unitaria dentro del cuerpo, contenido en la membrana restrictiva de la piel.

En la sintomatología de un tipo de enfermedad psicósomática se advierte la insistencia en la interacción psíquica, la cual es mantenida a modo de *defensa* contra la amenaza de perder la unión psicósomática o contra alguna forma de despersonalización.

La manipulación sirve para describir la provisión ambiental que corresponde vagamente a la instauración de una colaboración psicósomática. Sin una manipulación activa y adaptativa satisfactoria, es muy probable que realizar la tarea desde dentro resulte difícil o, de hecho, imposible para que quede instaurado como es debido este desarrollo de una interrelación psicósomática.

El inicio de las relaciones objetales es complejo. No puede tener lugar sin la provisión ambiental de la presentación objetiva, realizada de tal forma que el bebé sea quien crea el objeto. El patrón es el siguiente: en el bebé se desarrolla una vaga expectación que tiene su origen en una necesidad no formulada. La madre adaptativa presenta un objeto o manipulación que satisface las necesidades del bebé, y de esta manera el bebé empieza a necesitar justamente lo que la madre le presenta. De este modo el bebé llega a adquirir confianza en su capacidad para crear objetos y para crear el mundo real. La madre da al bebé un breve período en el que la omnipotencia es una cuestión de experiencia. Debo hacer hincapié en que al referirme al inicio de las relaciones objetales no lo hago a las satisfacciones y frustraciones del *id*. Me refiero a las condiciones previas, a la vez internas en el niño y externas, que forman una experiencia del ego partiendo de

la satisfacción obtenida al ser amamantado (o de una reacción ante la frustración).

Resumen

Mi propósito consiste en llevar a cabo una exposición esquemática de mi concepto de los comienzos del ego. Hago uso del concepto de «integración del ego» y del lugar que ocupa al comenzar el desarrollo emocional de la criatura humana, la que constantemente está pasando de la dependencia absoluta a la dependencia relativa en su recorrido hacia la independencia. Trazo, asimismo, los comienzos de las relaciones objetales dentro del marco de la experiencia y crecimiento del bebé.

Más adelante trato de evaluar la importancia del medio ambiente real en la fase más primitiva; es decir, antes de que el bebé haya hecho la separación del «no yo» del «yo». Señalo el contraste entre la fuerza del ego del bebé que recibe apoyo del comportamiento adaptativo de la madre, o que recibe amor, y la debilidad del ego del bebé para el cual la provisión ambiental ha sido deficiente en esta fase primitiva.